

La búsqueda del olvido

Historia global de las drogas, 1500-2000

RICHARD DAVENPORT-HINES

TURNER

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA





La búsqueda del olvido

A partir de un hecho casual en apariencia, el primer testimonio escrito en inglés sobre el uso, y ya entonces abuso del *cannabis*, cuando un marino mercante británico, Thomas Bowrey, junto a varios compañeros costearon hacia 1670 las tierras de Bengala y allí probaron lo que los nativos llamaban el *bhang*, Richard Davenport-Hines nos ofrece una de las historias mejor documentadas que se han escrito en nuestros días sobre los estupefacientes. A una documentación esmerada sobre las diferentes clases de drogas en uso hoy día añade un rosario de anécdotas –se recogen valiosas afirmaciones sobre su consumo por parte de personajes tan dispares como Dickens, W.H. Auden, Freud, Marilyn Monroe o la reina Victoria– sobre un hecho revelador acerca de nuestro modo de entender el fenómeno de los narcóticos: que lo que comenzó siendo una importación legal, incluso con ciertas excelencias higiénicas, terminó en la prohibición más terminante. La conclusión no deja lugar a dudas e ilustra claramente el origen del problema, al demostrar que no hay sociedad que prohíba el uso de las drogas y que a la vez no sepa de la conveniencia de tolerarlas. De ahí la importancia de este libro, porque nos hace ver lo irracional de la demonización de las drogas a la vez que nos alerta del peligro real de la industria del narcotráfico.



COLECCIÓN NOEMA

ÍNDICE

Prólogo	11
I Primeros años	19
II El opio durante la Ilustración	39
III La era de las patentes de nuevas invenciones	57
IV Nervios, agujas y doctores victorianos	93
V Química	123
VI Degeneración	143
VII Los albores de la prohibición	183
VIII Infracciones	213
IX Narcotráfico	237
X La era de la angustia	281
XI El primer zar de las drogas	331
XII El mundo de las drogas en Gran Bretaña	355
XIII Guerras presidenciales antidrogas	405
XIV Tan <i>passé</i>	457
Agradecimientos	479
Apéndice: notas a las ilustraciones	481
Notas	485
Índice onomástico y temático	521

PRÓLOGO

El deseo de medicarse es tal vez el rasgo principal que distingue al hombre de los animales.

SIR WILLIAM OSLER

Toda adicción es mala, ya sea la droga, el alcohol, la morfina o el idealismo.

CARL JUNG

Mitsubishis", "007s", "Palomas", "New Yorkers", "Amanecer de California", "M&Ms", "Amenazas Dennis", "Ruibarbo y natillas", "Bolas de nieve", "Mariposas azules", "McDonalds", "Flatliners", "Tréboles", "Cisnes", "Golondrinas", "Turbos", "Cuatro fases", "Refrescos", "Corazones de amor", "Acertijos", "Elefantes rosas", éstos son algunos de los atractivos nombres de marca con que aparece el éxtasis en el mercado ilícito de las drogas en Gran Bretaña a comienzos del siglo XXI. Los ingredientes de la pequeña píldora varían de acuerdo con el color, el tamaño y los pictogramas inscritos en ella. La diversidad de marcas demuestra el vigor de este negocio y el dinamismo de su mercado.

El negocio internacional de las drogas ilícitas genera anualmente 400.000 millones de dólares según estimaciones recientes de las Naciones Unidas. Esto representa el 8% de todo el comercio internacional, aproximadamente el mismo porcentaje que el turismo y la industria del petróleo. Sin embargo, muchas de las principales sustancias implicadas en este negocio ilícito han sido empleadas durante miles de años para tratar el dolor físico o los trastornos nerviosos, y también para el placer. Este libro investiga cómo los que una vez fueron medicamentos legales se convirtieron en el producto del mayor negocio ilícito del mundo.

La embriaguez no es contraria a la naturaleza ni tampoco es una aberración. La absoluta sobriedad no es un estado natural o primario en el hombre. Las drogas se ingieren, se fuman, se inyectan y se aspiran de modo diverso. Aunque a veces políticos y periodistas hablen o escriban sobre ellas como si todas tuvieran las mismas características genéricas, las drogas pueden clasificarse en categorías bien delimitadas, con diferentes poderes y efectos.

estados de ánimo propios del ser humano. La gente las emplea para apartarse de un medio ambiente brutal, como bálsamo contra la culpa y la angustia o como un truco para fastidiar a los mayores. Los opiáceos le dan a uno la posibilidad de reinventarse a sí mismo como un ser superior, distante y despiadado. Proporcionan un control aparente pero también una degradación real. Sirven a quienes ven la existencia como un enemigo implacable. Al ingerirse juntos estimulantes, alucinógenos, tranquilizantes y analgésicos proporcionan toda exacerbación posible, desde el ímpetu amoroso hasta los deseos de muerte, deseos de apertura y clausura, de reconstrucción y demolición, de energía externa e implosión interna, de búsqueda de un destino y negación del futuro. Las drogas están llenas de abrumadoras incongruencias y contradicciones, e ilustran la máxima del físico danés Niels Bohr (1885-1962) según la cual las verdades profundas se reconocen por el hecho de que lo contrario también es una verdad profunda, a diferencia de las trivialidades, donde los contrarios son un absurdo. Toda sustancia que tiene el poder de hacer bien, tiene asimismo el poder de hacer mal.

El "estar en la droga" puede presentarse como un apetito depravado, una desdichada obsesión, un consuelo de escapistas; o como una búsqueda de visiones trascendentales y de excitación mística. Los consumidores de drogas emplean códigos cifrados e inventan sus propias mitologías fabulosas. Del consumo de drogas puede decirse que es una búsqueda de protocolos utópicos o la ruta segura hacia un desierto de la ética. Los efectos secundarios tóxicos parecen un juego para algunos consumidores. Muchos de ellos son puestos bajo vigilancia y se los rehúye como parte de una clase social subterránea y peligrosa; pero a unos pocos (como las estrellas del rock, las modelos del momento o los poetas) se les concede un estatus aristocrático.

Este libro es la historia del consumo de drogas y por tanto una historia de los extremos emocionales. Su narración abarca cinco siglos de adictos y consumidores: monarcas, ministros, grandes escritores y compositores, soldados heridos, médicos estresados, amas de casa oprimidas, trabajadores exhaustos, hombres de negocios con gran poder, tarambanas, trabajadoras del sexo, estrellas del pop, perdedores en ciernes, adolescentes angustiados, escolares rebeldes, víctimas del gueto y jóvenes felices en mitad de una juerga. El escenario de los últimos capítulos son las ciudades y suburbios de los Estados Unidos, Londres y París, así como casi cualquier parte del mundo, especialmente Sudamérica, Europa del Este, el noroeste de África y el sureste asiático. Aunque es ante todo una historia de gentes y de lugares, también es la historia de un pésimo concepto: la prohibición.

Este libro muestra cómo las políticas prohibitivas han convertido medicamentos legales, aunque peligrosos, en el mercado negro más lucrativo y mejor organizado del mundo. La prohibición ha sido, esencialmente, una técnica de

colonización cultural informal por parte de los Estados Unidos. Ya en el año 1875 la ciudad de San Francisco reaccionó con una ordenanza prohibitiva frente al auge del consumo de opio por jóvenes de clase media en las casas de opio frecuentadas por trabajadores chinos y algún que otro personaje del bajo mundo. Otras ciudades y Estados del oeste de los Estados Unidos aprobaron legislaciones similares durante 1876-1890. Estas leyes fueron las primeras en tratar como delincuentes a quienes consumían drogas —la gente que administraba o frecuentaba las tiendas de opio— en lugar de controlar el suministro de las sustancias. Al consumo de opio por parte de delincuentes sociales o adolescentes rebeldes en los Estados Unidos siguió el consumo igualmente ilícito y recreativo de la cocaína en las ciudades estadounidenses en la década de 1890. El uso social de la cocaína por personajes del bajo mundo y delincuentes juveniles que se enfrentaban con las tensiones de la adolescencia comenzó a transformar nuestra imagen de los consumidores de drogas en unos excéntricos con un vicio específico, en la de criminales maliciosos y enemigos peligrosos de la sociedad. La ley norteamericana de Exclusión del Opio de 1909 comenzó a cambiar el hábito comparativamente inocuo de fumar opio por el uso intravenoso, y más destructivo, de la heroína. La ley estadounidense de Narcóticos de Harrison de 1914 aportó el modelo legislativo para la prohibición de las drogas en el mundo occidental. Hacia principios de la década de 1920, la concepción del narcómano estaba dejando de ser la de una víctima de clase media con una adicción adquirida accidentalmente por el uso de un medicamento para convertirse en la de un criminal pervertido que empleaba narcóticos (o estimulantes) para su placer. Las políticas de la Agencia Federal de Narcóticos promovieron el auge de los bajos fondos y de las subculturas criminales. Proporcionaron a los delincuentes un producto nuevo con el que traficar tras la implantación de la Ley Seca. La ortodoxia oficial de los Estados Unidos no pasaba de ser una verdad a medias, muy generalizada, que suprimía el hecho objetivo de que algunos consumidores de drogas lograban controlar su hábito, conservar un buen empleo y triunfar en la vida, mientras imponía al resto de los narcómanos el papel de criaturas degradadas y moribundas que la sociedad les exigía representar. Las actitudes y políticas estadounidenses que la ley Harrison generó fueron torpes y contraproducentes.

Los Estados Unidos reclaman el liderazgo mundial de las guerras antidrogas desde 1909, y su legislación prohibicionista ha aportado el modelo de los acuerdos internacionales para el control de las drogas. Las políticas prohibicionistas estadounidenses han ido ganando terreno hasta convertirse a escala global en las guerras contra las drogas, asociadas desde 1969 con las administraciones Nixon, Reagan y Bush padre. El enfoque estadounidense puede resumirse así: exige la rendición incondicional de traficantes, vendedores, adictos y ocasionales consumidores por diversión. Esta rendición aún no se ha produ-

cido. Las políticas prohibicionistas estadounidenses han fracasado una y otra vez y continúan fracasando. A pesar de su falta de éxito, el Departamento Estadounidense Antidrogas (DEA) ha convencido a los gobiernos de todo el mundo de que posee una experiencia inigualable. Las sucesivas administraciones de Washington han engatusado a los Estados europeos para que adopten estas tácticas fallidas, y las han impuesto en el Tercer Mundo.

En Gran Bretaña, antes de 1914, el suministro de drogas era controlado por las leyes de Farmacia, pero no estaba severamente reprimido. Al comienzo de los combates en Flandes, las mujeres de la alta sociedad introducían granos de morfina partidos por la mitad entre los pañuelos y libros que se les enviaba a los soldados en el frente. En los catálogos de los grandes almacenes figuraban aun las tabletas de morfina y heroína. Dejando a un lado las legislaciones emergentes de tiempos de guerra, en Gran Bretaña las leyes contra la posesión ilícita de drogas datan de 1920, y sus problemas con la moda del uso recreativo de las drogas no comenzaron hasta 1950. Los momentos más críticos en la evolución del escenario de las drogas en Gran Bretaña ocurrieron cuando las autoridades británicas adoptaron las estrategias punitivas estadounidenses a mediados de la década de 1970 y a principios de la de 1980. El mal comportamiento o la rebeldía de los jóvenes británicos que comenzaron a imitar las gracias de los jóvenes estadounidenses fue un elemento secundario durante estas etapas.

He aquí algunos hechos que demuestran lo que pueden lograr ochenta años de prohibición:

- El Programa de las Naciones Unidas para el Control de Drogas informó en 1997 que 141 millones de personas habían consumido marihuana durante el año anterior (cerca del 3% de la población mundial). Había 30 millones de consumidores de anfetaminas, 13 millones de consumidores de cocaína y 8 millones de consumidores de heroína.

- La producción mundial de opio se *triplicó* y la de coca se *duplicó* entre 1985 y 1996.

- Entre el 10% y el 15% de la heroína ilícita y el 30% de la cocaína ilícita resultan interceptados. Los traficantes de drogas obtienen márgenes de beneficios brutos de hasta un 300%. Sería necesario interceptar por lo menos el 75% de los cargamentos ilícitos de droga antes de que los traficantes dejaran de obtener beneficios.

- Un kilogramo de heroína en Pakistán costaba una media de 2.720 dólares en 2000. El mismo kilogramo puede ser vendido por 129.380 dólares en los Estados Unidos.

- Un kilogramo de base de coca en Colombia cuesta por término medio 950 dólares estadounidenses. Su precio en los Estados Unidos en 1997 era apro-

ximadamente de 25.000 dólares, y el precio en las calles oscilaba entre 20 y 90 dólares el gramo.

- Las Naciones Unidas informaron en 1999 de que durante la década anterior los precios de la cocaína y la heroína en Europa occidental, alterados por la inflación, cayeron el 45 y el 60% respectivamente. Las cifras en los Estados Unidos registraron una caída del 50% para la cocaína y del 70% para la heroína.

- Llegados al final del siglo XX, encarcelar a los infractores de las leyes anti-drogas le cuesta a los Estados Unidos 8.600 millones de dólares al año.

- A pesar del aumento del presupuesto federal de los Estados Unidos para la guerra contra las drogas, de 1.650 millones de dólares en 1982 a 17.700 millones de dólares en 1999, más de la mitad de los adolescentes de los Estados Unidos han probado alguna droga ilícita antes de terminar la enseñanza secundaria.

- Se estima que 14,8 millones de estadounidenses consumían drogas ilícitas en 1999. El mayor número de consumidores de drogas ilícitas se dio en 1979, cuando la estimación fue de 25,4 millones.

- El 10,9% de los jóvenes de doce a diecisiete años en los Estados Unidos había consumido drogas ilícitas durante los últimos treinta días en 1999. Una vez más, la cifra fue mayor en 1979, con el 16,3%.

- Se calcula que, en 1999, 208.000 estadounidenses consumían heroína: tres veces la cifra registrada en 1993. La edad media de los consumidores de heroína en el momento de su primera dosis es de veintiún años.

- Unas 991.000 personas usaban inhalantes en los Estados Unidos en 1998. Esta cifra había aumentado el 154% desde 1990. En 1998 el 62% de quienes usaban inhalantes por primera vez tenían entre doce y diecisiete años.

- Como mínimo, 45 millones de europeos (el 18% de las personas entre quince y sesenta y cuatro años) han probado la marihuana al menos una vez; 15 millones han consumido marihuana durante los últimos doce meses.

- En la Unión Europea, hasta el 5% de las personas de entre dieciséis y treinta y cuatro años ha consumido anfetaminas y/o éxtasis, y el 6% ha probado la cocaína al menos una vez; pero la experiencia de la heroína la ha tenido menos del 2% de los jóvenes adultos de Europa.

- La mayoría de las muertes relacionadas con el uso intensivo de las drogas en Europa involucra a los opiáceos, combinados frecuentemente con alcohol o con sedantes. Algunos gobiernos europeos hablan de un número significativo de muertes entre los adolescentes producto de la inhalación de sustancias volátiles, pero en toda Europa son poco comunes las muertes como consecuencia de la cocaína, las anfetaminas y el éxtasis.

- Las diferencias en las estadísticas del consumo de drogas en los países miembro de la Unión Europea indican que hay poca relación directa entre el consumo de drogas ilícitas y la política nacional: los países parecen tener similares

índices de consumo, con frecuencia moderados, independientemente de tener o no una legislación restrictiva.

– Respecto a la posesión de drogas ilícitas, Gran Bretaña tiene un régimen mucho más severo que la mayoría de los países de Europa, pero asimismo tiene uno de los mayores índices de consumo. El 40% de sus adultos jóvenes ha consumido marihuana (el más alto porcentaje de Europa junto con Dinamarca); el 16% de sus adultos jóvenes ha probado las anfetaminas y el 8% el éxtasis.

– Cerca del 25% de la población británica ha probado alguna sustancia ilegal en algún momento entre los dieciséis y los sesenta y nueve años: esto representa aproximadamente 10 millones de personas.

– El consumo de drogas entre los jóvenes de Gran Bretaña ha venido incrementándose hasta principios de la década de 1990, pero actualmente ha decrecido.

Éste es un libro de historia, no de controversia contemporánea; pero presenta pruebas que contradicen muchas de las presunciones de los prohibicionistas. Sugiere que no es la droga en sí lo que conduce al narcómano a delinquir, sino el ansia de la droga. No es el suministro de una droga lo que convierte al consumidor en un delincuente, sino la ilegalidad de ese suministro. La abstinencia forzosa y el tratamiento punitivo de los consumidores son, por lo general, ineficaces. Los suministradores de drogas jamás se han quejado de los riesgos impuestos por las fuerzas del orden, dado que un mayor riesgo siempre supone un mayor beneficio potencial. Puede que las sanciones establecidas contra el tráfico de drogas sean bienintencionadas, y puede que tengan éxito en determinado momento o lugar, pero a la larga su función primordial es la de un incentivo comercial. La prohibición crea una oportunidad irresistiblemente lucrativa para los empresarios que estén dispuestos a moverse en la ilegalidad. Es una política de idealistas que no logran comprender que el consumo de drogas es muchas veces el reflejo de otros ideales del hombre: la humana perfectibilidad, el anhelo de un instante perfecto, la paz que concede el olvido.